

ACERCA DE LA CARTA AL PADRE DE KAFKA*

AIDA A. FERNANDEZ

Difícil y fascinante es la tarea de profundizar la “Carta al padre”. Voy a hacer una breve aproximación a ella, debido a que pienso que introducirnos en los aspectos más oscuros de la personalidad y de la estructura del aparato psíquico de Kafka, no corresponde en este Ciclo por tratarse de algo muy especializado, de manera que voy a tomar algunas de *sus posibles* líneas en una visión más global. Creo que si Kafka hubiera escrito solamente esta Carta, habría entrado en la Historia de todas maneras. Además de un estilo particular posee el mismo sentido de pedido y de denuncia de los Historiales más célebres dentro de la literatura psicoanalítica. Nosotros, que acostumbramos a escuchar diariamente el dolor del ser humano —niño o adulto— en nuestros consultorios, podemos reconocer todo el peso de un pedido de amor y una denuncia terrible por la falta de justicia que el niño Kafka percibió muy tempranamente. Sólo por este hecho se le puede otorgar a esas líneas, cargadas de sufrimiento, un valor universal.

Algunos de los exegetas de Kafka piensan que su “obra debe leerse como un relato único que se repite con infinitas variaciones”. Evidentemente así es, pero debo agregar que el *centro* de toda la producción de este *hombre genial para crear mundos de desolación y sufrimiento en sus patéticas descripciones*, está en la “Carta al padre”. En ella está el tema central vivido en su mundo interno, su drama personal, que él magistralmente logró transformar —metamorfosis salvadora— poniéndolo en el mundo externo —sus libros— en

* Conferencia dictada en el Instituto Goethe el 24 de Junio de 1983.

una obra de arte que es un documento para siempre presente, innegable por la verdad que encierra.

A propósito de la verdad Kafka dice: “Nuestro arte consiste en verse cegado por la verdad”; “La verdad es indivisible, por lo tanto no puede conocerse a sí misma; quien pretende conocerla es necesariamente falaz”. Estos aforismos que Kafka escribió sobre el arte nos dan también la medida de su drama. Él habla en la “Carta al padre”, en el discurso que subyace a lo literal del texto, de un saber que no sabe que sabe, salvo en breves relámpagos de intuición, buscando una verdad —su verdad— que nunca pudo encontrar. Tomo aquí el concepto de verdad como equivalente al insight, es decir, al conocimiento de su ser inconciente.

Lo que sí sabía Kafka en el nivel intelectual —pensamiento conciente— es que la verdad es indivisible y, lo más importante, que no se conoce a sí misma.

El solo, a pesar de todo su genio, no pudo conocerse a sí mismo, encontrar la clave de su verdad. Su vida, como sabemos, fue una serie interminable de sufrimientos morales y físicos. Escuchémoslo a él hablándole al padre:

“Resultó que el mundo se vio dividido en tres partes: *una de ellas*, aquella en que yo vivía como un esclavo, sometido a leyes que habían sido inventadas sólo para mí y a las que, por añadidura, me era imposible satisfacer enteramente, sin saber por qué; *otra* que me era infinitamente lejana, donde tú vivías, ocupado en gobernar, en dar órdenes y en irritarte porque no eran obedecidas; una tercera, *por último*, en la que el resto de la gente vivía feliz, exento de órdenes y de obediencia

Hablando sobre Franz Kafka algunos de los autores que lo han estudiado muestran perplejidad frente a su obra, a su personalidad y al extraño estilo de su vida. Marthe Robert dice acertadamente que no se limitó a vivirla, “sino que la ha sometido a un examen despiadado sin revelar jamás la necesidad que lo obligaba a hacerlo, ni el principio que le imponía su punto de vista y su dimensión”. Según esta autora, hallar ese principio no sería posible ya que no existen métodos que puedan hacerlo, “a lo sumo —dice— se podrían analizar motivos allí donde sería preciso discernir un sentido”. Y agrega que “la vida y la obra se escriben aquí en un lenguaje cuya mayor verdad se destruye no bien se la ha formulado”. Considera que si bien es posible a pesar de todo una interpretación realizada en el terreno “sólido de los textos, la vida se escurre, se

retira hacia las regiones donde el lenguaje representa una extraña forma de silencio". Es desde ese silencio desde donde "habla" el inconciente. Pensamos parafraseando a Jean—Paul Sartre, que "el universo de Kafka es a la vez fantástico y verdadero", con esa tan nuestra y a la vez tan extraña complejidad humana. El propio Kafka dijo, hablando con Gustav Janouch, que "en cada hombre existe una necesidad de felicidad propia sólo de él. Si en última instancia se trata de una visión genial o de una locura estrafalaria, sólo lo puede decidir el tiempo".

Siempre existe un sentido en cada vida, revelado, es decir, conciente o no revelado—inconciente—, una búsqueda que va a ser más laberíntica y difícil según la estructura de personalidad de que ese ser disponga.

Franz Kafka desplegó en la expresión de toda su obra, en su correspondencia y en su manera de vivir la vida, una forma particular de sentir y pensar el mundo al cual perteneció. Puso en palabras, afuera de él, un recorte de su mundo interno—sus ansiedades; sus angustias; su dolor; su forma de amar; su miedo; sus mecanismos de defensa; su debilidad; su impotencia— insertó en su formidable potencia creadora. Su vida y su obra se deslizan entre 10 que puede corresponder a la realidad y lo que es la expresión de su mundo fantasmático, confundidas en una red inextricable. Todo en Kafka estuvo siempre enfrentado a las contradicciones más extremas, entre el querer ser, el no poder ser y, lo que es aún más dramático, el tropezarse a pesar de él con *no querer ser*, por el temor paralizante al fracaso. Así dice Kafka: "La cinta continua de la vida nos lleva a algún sitio; pero no se sabe a dónde. *Uno es más bien cosa, objeto, que ser con vida*". Atrapado en la cosificación de su no deseo, un deseo inoperante en cuanto a su propia vida, fue testigo sin igual, recreando afuera su paisaje interior, a lo largo de su obra, del modo como él vivenció el sometimiento, la autoridad tiránica, la culpa y el odio, destruyendo lo mejor de su ser.

Vemos esos seres descritos por él con tanta sencillez como justeza, envueltos en una fuerza que no logran comprender (como le sucedía al autor con su padre), incluidos en un juego fatídico de extrañas leyes, dentro del cual quedaban convertidos en verdaderos objetos en poder de un orden que encierra en sí mismo, en tanto orden arbitrario, lo inapelable. Describió magistralmente un mundo en el cual los hombres funcionan como cosas en

poder de una autoridad ciega, así como cosa, objeto de otro, se vivió a sí mismo. Esto lo vemos al sorprenderlo en esa persistente y oscura repetición de formas enigmáticas de pensamiento, de sentimientos duros, de juicios terribles. Existe un algo en toda la obra de Kafka y en su propia forma de vivir, que por momentos nos muestra el desprendimiento de un alma horrorizada por el dolor del hombre, por la injusticia, por el sufrimiento de los pobres, de los oprimidos (vemos en este sentido cómo se identifica muy tempranamente con los empleados maltratados por su padre), pero a la vez nos habla desde una contradicción permanente en la cual estaba atrapado, contrapunto y centro de toda su estructura de personalidad, de una profunda admiración por el poder total, por la seguridad total. Se debatió todos los días de su vida en una sorda lucha interior contra ese padre, que se levanta bajo su pluma como paradigma del existir autocrático. Refiriéndose a su rudeza implacable le dice: “La consecuencia inmediata o más evidente de esta educación fue que yo huía de todo lo que me recordaba tu presencia, aún a distancia”. Sin embargo la realidad de toda su obra, y el mismo Kafka, lo dice, sobre todo en este invaluable documento que es la “Carta al padre”, éste fue el centro y eje que marcó de modo obsesivo todos los actos de su vida. Frente al rechazo del padre a la aparición de cada uno de sus libros, Kafka escribe: —“Ahora eres libre! (refiriéndose a sí mismo). Por supuesto no era más que una ilusión (dice de inmediato), no era libre o, en el mejor de los casos, todavía no lo era. *Mis escritos se referían a ti*: en ellos estaban las quejas que no podía hacerte directamente, apoyándome en tu pecho. Era una despedida de ti, expresamente dilatada. No cabe duda que eras tú quien la imponía, pero tomaba la dirección que yo le imponía”. Vemos aquí expresado en pocas líneas, lo que repitió en todos sus libros: la denuncia de la autoridad arbitraria, incomprensible a partir de lo que él sintió de niño, una autoridad que tenía un modo personal ‘y cerrado de impartirse. Así le dice en otro momento: “Nadie te conmovía, ni en el momento de pronunciarlas (se refiere a las palabras y los juicios del padre) ni después. No era posible defenderse de ti”. Anterior a la denuncia de una autoridad que el niño sintió como algo absoluto existió un sostenido pedido de amor que nunca, al parecer, Kafka obtuvo de su padre. Le habla de la necesidad que tiene de apoyarse en su pecho, en medio de la devastación que deshizo su vida personal, su felicidad como individuo. Kafka seguía pidiendo esa cuota de amor y comprensión que no recibió de niño,

hasta el final de su vida. La carga tremenda de reproches, tanto más grande cuanto se sintió rechazado por ese padre, que él vivenció como el modelo de toda tiranía, coexiste con la búsqueda durante toda su vida del amor y la paz que nunca encontró, sentimientos éstos que lo llevaron a construir un universo, en una increíble premonición infantil como él mismo deja entrever, de horror, incompreensión, destrucción de todos los valores, de poder absoluto, inapelable. Kafka se sintió colocado exactamente en el otro polo de cómo veía al padre; muchas veces se vivió como un insecto, como alguien tan insignificante como poderoso vivenció a aquél. Así le dice: “No merece recordarlo más que porque acaeció en mi vida. En otro contexto distinto sería completamente irrelevante y *además dominó mi vida como una premonición en la infancia*, luego como una esperanza y después como una desesperación que me sobrevinía con frecuencia y *dictó, usando otra vez tu forma, si se quiere, mis escasas e insignificantes decisiones*”. Un poco más adelante dice refiriéndose a su incapacidad, su “insignificancia”, como siempre insiste: “Esto es algo lamentable pero comprensible. Desde que me es posible recordar *he tenido que preocuparme con tal intensidad en afirmar espiritualmente mi vida, que todo lo otro me ha dejado sin cuidado*”. Continúa un poco después hablando de su “fría indiferencia, apenas disimulada, inalterable, de un abandono infantil, rayana en el ridículo...”, “*indiferencia propia de un niño provisto de una imaginación autosuficiente, pero helada*, (dice), que no creo haberla encontrado nunca (en otras personas) y que constituía seguramente también aquí *la sola defensa contra el deterioro nervioso producido por el temor y los sentimientos de culpabilidad*”. Temor y culpabilidad que no lo abandonaron nunca. Y concluye diciendo: “*Mi única preocupación era yo mismo, mas esta preocupación tomaba formas distintas. Una de ellas, por ejemplo, era la hipocondría.*” Agrega esto con una gran lucidez para captar cierta cadena de hechos que para Kafka adquirió un sentido y que provenía de esa lucha implacable por conquistar a su padre y el resultado de esos intentos desesperados que siempre concluían en fracasos, como bien él lo describió en sus libros, en los cuales los seres funcionaban como cosas, iban hacia no se sabía dónde (una ilusión) buscando, no se sabía bien qué... Y esta misma lucha, este mismo desencuentro se jugaba dramáticamente no sólo en su mente sino también en su cuerpo. “Se inició muy pronto (dice) la hipocondría. Cada tanto me invadía un cierto miedo por la digestión, la caída del pelo, una desviación de la espina

dorsal, etc. Este miedo aumentaba en matices innumerables, hasta que terminaba concretado en una enfermedad verdadera”. Vamos a ver cómo, posteriormente el mismo Kafka señala de manera brillante toda esta red de sufrimientos interminables, relacionados con sus sentimientos de minusvalía, de incapacidad, de debilidad, uniendo la idea de un posible casamiento con la *locura* ,así como en estas próximas líneas, lo une con su enfermedad pulmonar. “... no tenía ninguna seguridad, *como esperaba que cada instante me confirmase nuevamente mi existencia* y carecía de nada que fuese propio de un modo definitivo, exento de duda, mío, establecido, evidente para mí (aquí denuncia todas sus carencias por lo que Kafka experimentó como falta de función paterna *verdadera en su vida, de un padre que lo guiara* apoyándolo) y (continúa) como en realidad era un hijo desheredado, *también lo más próximo: mi mismo cuerpo, se tomó incierto* “. La honda carga de impotencia y dolor que nos invade al ponernos en contacto con el verdadero mundo de Kafka, en cuanto a su vida personal, es lo que campea, magistralmente extrapolado al mundo externo, como un modelo, una matriz, ya después de él, insoslayable, de lo que fue poco después de su muerte, la entronización de las formas totalitarias de autoridad, con el vasallaje castrador *de todo intento de afirmación individual*. Y es este lugar, que para siempre quedó señalado con su propio nombre (apellido del padre) lugar de lo kafkiano, de relaciones kafkianas, de modos de existir kafkianos, el que va a describir magistralmente, en la medida que *constituyó el centro* sufriente de su vida, de su lucha interior contra una fuerza que lo aplastaba, presente en cada instante, inapelable, atroz, que él creyó ver representada en su padre. Es así como el hombre Kafka experimentó esa relación hijo—padre. Frente al testimonio de todos los documentos que dejó, nos preguntamos cuánto hubo de realidad y cuánto de fantasía en este vínculo con ese padre, que no sabemos bien cómo fue, pero que tal vez, si, no pudo comprender a un niño con un alma tan particular. Niño que se sintió existiendo en un régimen *penitenciario*, viviendo un *proceso* de lo absurdo, a la espera siempre atemorizada de un *veredicto* terrible, sin lograr jamás alcanzar el ilusorio castillo.

El drama y la disolución del hombre, desgastado por esa fuerza que lo corroe desde dentro en la búsqueda del poder y la conquista, hombre colonizante y esclavo a la vez del otro, es lo que Kafka, él mismo protagonista y testigo de su drama vital, sometido desde niño a un régimen incomprensible de

incomunicación con su padre, nos trasmite en cada uno de sus libros. Sufrió como ninguno de sus hermanos los embates de una educación y un trato sentidos por él como muy peculiar, que a pesar de su desastre individual, logró transformar como dijimos, en un monumento literario, testimonio y denuncia ejemplar.

En Totem y Tabú, Freud dejó inscripta una tesis que por largos años quedó olvidada, hasta que 1. Lacan la rescató. Se trata de la relación de complementariedad entre lo prohibido y el deseo y del papel fundamental que en esto tiene la función del padre. El interjuego de la relación dialéctica entre este par: deseo—prohibición, es el eje desde el cual se produce la constitución del sujeto humano. En este sentido podemos señalar tres aspectos dentro de la infinita gama que puede producirse en la relación del niño con su padre. Una de ellas está representada por el caso del Dr. Schreber que corresponde a un brillante estudio efectuado por Freud, de las Memorias que dejara escritas como alegato. al verse obligado a aceptar su internación en un hospital psiquiátrico con el diagnóstico de psicosis. Este hombre famoso dentro de la literatura psicoanalítica, abogado, fue hijo de un conocido médico pediatra muy respetado y valorado aún hoy en Alemania como fundador de la gimnasia terapéutica y de aparatos ortopédicos para corregir defectos corporales. Este señor, padre de Schreber, como bien lo señala Lacan jugó un papel devastador en la vida de su familia y, especialmente en la de uno de sus hijos. Constituyó uno de los modelos de padre terrible —siempre presente— pero ausente en su verdadera función paterna, aplastando al hijo hasta el punto de que cuando éste debe asumir un lugar preponderante en su carrera jurídica, el sillón presidencial en el Tribunal de Dresden, es decir, debe asumir un lugar paterno, sucumbe a la locura, cuyo germen llevaba desde niño inscripto en su mundo interno por una relación desquiciante con su padre.

En el historial freudiano de “El Hombre de las Ratas” vemos otra de las formas patológicas que engendra en el hijo una función paterna mal asumida. La duda y la incapacidad tiñen la vida entera de este hombre, apresado en un pensamiento obsesivo que lo limitó en todos sus deseos. El padre del Hombre de las Ratas, fue asimismo un padre inoperante en tanto no logró alcanzar dentro del triángulo edípico, el lugar que otorga la verdadera función paterna.

También lo fue el padre del pequeño Hans, un padre siempre presente y muy afable con el niño, pero totalmente ausente de la función que debía

cumplir.

Vemos entonces, en los famosos historiales de Freud, así como expresado en las obras literarias, diferentes figuras paternas que van desde ese padre terrible como lo fue el padre de Schreber, con todas sus insignias y emblemas de la supuesta paternidad, pero falsas —en tanto ocultan la carencia de padre—, hasta el padre del Hombre de las Ratas y el del pequeño Hans, al parecer este último tan bondadoso. El padre de Kafka es sin lugar a dudas, para el hijo, un padre terrible, distante, duro, helado, por lo menos él nos muestra ampliamente que así lo veía. Todo el texto de la “Carta al padre” es un documento ilevantable con todas las características de muchos de los materiales recogidos en el silencio de nuestros consultorios. Es un alegato y para nosotros una enseñanza poder acercarnos a un saber que no sabe de su verdad más profunda, sino en fugaces momentos, pero que lamentablemente para un ser tan capacitado, no le fue posible encontrar solo un sentido que lo iluminara. Posiblemente la madre de Kafka debe haber sido muy maternal dado que, a pesar de lo que éste sufrió en su vida, disponía de muy buenos recursos psíquicos que le permitieron una salida creadora por el arte.

Volviendo al par cuya dialéctica es imprescindible en la constitución del sujeto humano, o sea el deseo y la prohibición, vamos a explicitar qué quieren decir estos conceptos, así como el verdadero valor de la función paterna — padre simbólico— nombre del padre, de que nos habla 1: Lacan, es decir, el lugar y la función que debe ocupar y cumplir el padre dentro del vínculo intersubjetivo del Complejo de Edipo. Existen tres 1: tiempos en este Complejo por el que atraviesa el niño hasta sus 5 años, momento en que este Complejo queda superado, reprimido totalmente, pasando a constituir la estructura inconsciente del aparato psíquico y, por lo tanto, de la personalidad. El niño conquista entonces su lugar de sujeto, dueño de sus deseos, acepta lo que está prohibido, quedando inserto en la cultura en la que va a vivir.

En el primer tiempo de este Complejo existe un momento que Lacan denomina el ternario imaginario, es decir la relación que se establece entre el niño y la madre, pero en la cual ya existe el tercero, el padre, aunque aún no tiene importancia en sí mismo, sino que es un subrogado de la madre. En este primer momento la madre actúa como el Otro, es decir, es para el niño la introductora de un mundo simbólico, (la cultura), al cual ella misma pertenece.

La madre trasmite al niño el lenguaje, el código con el que se va a comunicar, correspondiente a la sociedad en la cual éste nace. El niño en este momento coime todos los deseos de la madre y a su vez él mismo se siente objeto único de amor para ésta.

En el segundo tiempo del Complejo de Edipo, el padre ya va a intervenir efectivamente desde su lugar de tercero, comenzando a tener para el niño otra significación en la medida que su maduración y la actitud del padre, le permiten comprender que la madre tiene otro objeto de amor además de él. Es en este sentido que decimos que el padre cobra otra significación para el niño, es decir, por el hecho de que capta que ese tercero está allí como objeto de amor y atención de la madre. Es por esta razón entonces que el niño lo reconoce como alguien que viene a separarlo de la madre, a sacarlo de esa relación única, ilusoria, e introducirlo en la realidad de su condición de hijo. La madre pasa a ser vivida no como alguien que le pertenece sólo a él, sino que el niño debe comprender que desde antes que naciera existía ya ese señor que está ahora allí señalándole sus derechos, los derechos que posee dentro de la tríada. De esta manera el padre va a ubicar al niño en su lugar, al ubicarse él mismo en el lugar de la ley, lugar de la cultura, lugar del Otro —como dice Lacan— lugar de padre; imponiendo por este hecho al niño y a la madre una ordenación nueva en la relación ternaria, en el triángulo edípico. Sin embargo esta modificación ocurre realmente siempre que la madre deje lugar a la palabra del padre, valore su palabra, es decir, que muestre al hijo que ama y valora al padre. Es en este sentido que decimos que la madre es la mediadora de la ley, del orden cultural al cual el hijo debe acceder.

Es en este segundo tiempo del Edipo, donde el padre es vivido por el niño como *padre terrible*, con todas las insignias de un poder aplastante, padre que es la ley absoluta. Es a este padre al que hacemos referencia cuando hablamos siguiendo las propias palabras de Kafka de lo que fue para él su padre. Este primer reconocimiento de un tercero, que viene a herir con su presencia la unidad narcisista del niño con su madre, es sentida por él como un corte, alguien que lo separa de aquélla, viendo por lo tanto al padre en ese momento de su vida como un ser terrible, hostil, que prohíbe un vínculo placentero en el cual el niño se siente único. Este padre que saca al niño de su lugar de privilegio junto a la madre, es sentido como *ley absoluta*, como aquel que introduce la llamada castración imaginaria, preparatoria de lo que va a ser

el tercer tiempo del Complejo de Edipo, la castración simbólica.

Vamos a ver ahora ese tercer tiempo. El padre, en el intercambio de lugares que introdujo en el campo ternario desde su lugar de padre en el segundo tiempo, va a reafirmar esta situación en el tercer tiempo instaurando, definitivamente ahora, lo que hemos denominado, siguiendo a Lacan, *la metáfora paterna* o sea el Nombre-del-padre. El padre va a aparecer aquí frente al niño como aquel que llegó para prohibir, separándolo de la madre, pero con un sentido nuevo. Sus palabras transmiten al niño una ley inserta en la cultura —la prohibición del incesto— hecho que culturiza al hombre humanizándolo. En este momento el padre no es ya la ley en sí mismo, sino que *pasa a representar la ley*. Introduce el significante que funda toda la cadena de posibles significantes, es decir, otorga al niño la posibilidad de pensar representaciones, con un sentido compartido por todo el grupo social al cual pertenece. Este hecho, que corresponde al campo de lo simbólico, es lo que permite -al niño, dependiendo aún de los deseos de la madre y atemorizado y hostil frente al padre terrible del segundo tiempo, alcanzar finalmente en su plenitud su lugar de sujeto, dueño de sus propios deseos, lugar de sujeto deseante, en la medida que comprende que *ese padre no sólo vino a prohibir, sino también a permitir*. Castración simbólica que humaniza al padre, sentido ahora como *prohibidor pero a la vez como aquel que permite* y facilita al niño su entrada en el intercambio con sus semejantes, con pleno uso de todas las capacidades de que dispone, otorgándole el derecho que tiene de entrar dentro de la cadena generacional. Este padre ratifica la prohibición del incesto, pero le da al niño el permiso de hacer uso de todos los derechos que él posee —menos uno, el de su relación con la madre, que es la mujer del padre— pudiendo entonces el niño, futuro hombre, volverse al mundo y desear otras mujeres, para a su vez constituir su propia pareja. Es entonces este un padre que representa la ley —no es la ley él mismo— y que por lo tanto está sometido él también a ley. Un padre benevolente que prohíbe y permite a la vez, transmitiendo con su palabra una ley universal, la prohibición del incesto, base fundante de la cultura, como dice Levi—Strauss siguiendo a Freud, lugar de la humanización del hombre.

Es así que el ser humano deja de ser solamente un ser biológico, para ser, en tanto humano, un ser simbólico. El hecho de que disponga del código

primero introducido por la madre, el lenguaje, y luego resignificado por la palabra del padre, hace que se desprenda de la cosa en sí, de lo inmediato de los objetos, y pueda moverse en un mundo de representaciones compartidas. Esta posibilidad convierte al hombre en un ser paradójico ya que disponiendo de un cuerpo biológico adecuado, no va a poder sin embargo acceder a su verdadera realización como sujeto con pleno uso de todo su bagaje potencial si, en el transcurso lento y difícil de su pasaje por la relación edípica, por sus diversas vicisitudes, no logra alcanzar este tercer tiempo, superándolo. En esa red intersubjetiva de sutiles movimientos entre los padres reales y los padres imaginarios, en el primer y segundo tiempo del Edipo y luego simbólicos del tercer tiempo, suceden muchas cosas que van a depender del encuentro del niño con ellos, momento clave, donde la dinámica intersubjetiva se apoya en el bagaje biológico que el niño trae, es decir, el quantum de pulsión de vida y pulsión de muerte que posea y del mayor o menor grado de elaboración con que cuentan, a la vez, los padres de su propio Complejo de Edipo.

Volviendo ahora a la “Carta al padre”, luego de esta digresión obligada por regiones tan abstrusas como lo son las relaciones humanas en ese nivel inconciente, podemos preguntarnos otra vez desde qué lugar de su Edipo veía Kafka a su padre y por qué éste parecía al niño un tirano (padre terrible) o un rey de viaje, tan idealizado; padre que lo aplastó, como dice el escritor, hasta el final de sus días.

En la infinita gama de tonalidades de esta polifonía a 4 voces o a 6 voces que es el drama edípico (los padres reales, los padres imaginarios. el niño real, el niño imaginario), *¿qué hay de verdad?* Podríamos abundar en muchas líneas interpretativas pero prefiero dejar que el propio Kafka nos lo diga. El mundo para cada uno de nosotros es una interpretación, conocemos una interpretación del mundo y no una representación como decía Schopenhauer.

En todas las manifestaciones de Kafka vemos el dolor, en su Diario, en sus cartas; las cartas a Mina —ese amor también imposible— tienen un alto nivel de desesperación, que en la “Carta al padre” alcanza el punto más alto.

Hablando de la manera con que el padre le decía las cosas, expresa: “...lo

dices con una entonación de ira y reprobación ronca y terrible, un tono que hoy *no* me asusta como cuando era niño, por el simple hecho de que el sentimiento exclusivo de culpabilidad del niño, ha sido sustituido en parte ya, por la noción de nuestro común desamparo. El no ser posible una relación serena trajo otra consecuencia, desde luego muy natural: *perdí la facultad de hablar*. Quizá de cualquier modo no hubiese llegado a ser un gran orador, pero probablemente habría dominado el lenguaje fluido, habitual, entre la gente. Tu amenaza: “No te atrevas a replicarme”, y tu mano en alto al proferirla son dos acciones que me acompañan desde siempre”. Curiosamente Freud dice en este sentido que cuando un niño se ve muy coartado en su posibilidad de hablar, recurre a escribir aquello que piensa o siente. En este sentido este hecho encontró un campo propicio por las dotes geniales que Kafka poseía para que se desarrollara como escritor. Y continúa Kafka diciéndole al padre, cuando tenía ya 39 años, 2 años antes de su muerte: “La verdad es que todas tus normas educativas me hicieron impacto y no eludí ninguno de tus golpes. En mi actual forma de ser, soy la consecuencia de tu educación y de mi docilidad”. “A los improperios unías las amenazas, y entonces también te dirigías a mí. Me aterrorizabas, por ej., con tu frase: “Te voy a hacer picadillo”, aunque era conciente de que no pasabas de las palabras, no obstante, encajaba perfectamente *en mi idea* de tu poder, el hecho de que fueses capaz de cumplirlo”. Y más adelante dice: “Lo mismo habría que decir de tus augurios sobre una desobediencia. Cuando yo emprendía algo que no era de tu agrado y amenazabas con el fracaso, el condicionamiento por tu opinión era tan grande que el fracaso era inevitable, aunque tal vez se produjese mucho más tarde. Así que perdía la confianza en mis propios actos. Me transformé en inconstante, indeciso. A medida que crecía, *mayores eran los elementos que podías ofrecer como prueba de mi incapacidad, gradualmente fuiste teniendo la razón en más de un aspecto*”.

En estas líneas existe no sólo un reproche dirigido al padre, sino como una extraña complacencia en ese sometimiento casi total, como si sólo desde allí, con esa oblación de todos sus deseos al deseo del padre, ese Otro poderoso, obtuviera un acercamiento a él. Como si solamente pudiera ser alguien por la negativa, ser como él creía que el padre lo modelaba; ya que no podía ser como el padre en primera instancia quería que fuera, un conquistador como él, *se sometió a su albedrío para ser alguien coincidente con la opinión de aquél*

que lo veía como un fracasado.

Así dice: “Un triunfo me sostenía durante un momento y nada más; por contraste, tu peso me hundía sin tregua. Nunca conseguiría pasar de la primera clase en le Escuela Nacional. Creía estar seguro de ello y, no obstante, lo conseguí y me otorgaron incluso un premio, pero el examen de ingreso al bachillerato era imposible que lo superase, y también lo logré, luego siguió el primer curso del Instituto, y tenía la seguridad de que me suspenderían, mas no me suspendieron —dice como sorprendido— *y así sucesivamente fui saliendo adelante*”. Vemos como cada acto en su vida significa para Kafka un esfuerzo enorme y cómo a medida que la realidad le confirma su capacidad, su inseguridad crece, ya que

48 sólo tiene carácter de verdad lo que él siente y piensa, modelado por las imágenes arcaicas del padre de su primera infancia. Así continúa diciendo. “Pero no con el resultado de ir aumentando mi confianza, sino todo lo contrario. *Siempre tuve la seguridad —y tu gesto me proporcionaba una prueba evidente— de que cuanto mayores fuesen mis éxitos peor terminaría todo*. Y concluye diciendo que: “Con frecuencia imaginaba el espantoso tribunal de profesores que se reunían (después de que él aprobaba sus exámenes) a considerar aquel caso único, que clamaba al cielo, y establecer *cómo había conseguido yo, el más incapaz y en cualquier caso el más ignorante, colarme hasta aquel curso...*”, etc. “No es fácil para un niño vivir con ideas semejantes. ¿Qué podían importarme las lecciones en circunstancias tales?”. Pero lo peor fue que esta angustia y esta creencia sobre su incapacidad la soportó a lo largo de toda su carrera hasta que se recibió de abogado y la extendió a todos los demás actos de su vida. Vemos luego cómo se sumerge cada vez *más en el escepticismo, la desesperanza y el desprecio por sí mismo, descalificando todo su potencial para el estudio y el trabajo y sintiéndose definitivamente desheredado como ser sexuado, capaz de amar, ser amado y sobre todo lograr una pareja*.

Escuchemos lo que dice sobre todo esto: “Si me iba corriendo de tu lado con aspecto de muy ocupado, lo hacía generalmente para ir a echarme en mi habitación. Así el balance de mi rendimiento tanto en la oficina como en casa es mínimo; si pudieras formarte una idea de él quedarías espantado. Es posible que no tenga tendencia a la pereza —dice con toda lucidez— pero nada había

que hacer para mí. *Donde quiera que viviese, sen tía el rechazo, vencido, sentenciado* y si bien luchaba desesperado por huir a cualquier otro sitio, esto no era tampoco un trabajo, porque constituía algo imposible, que con ligeras excepciones, era inaccesible a mis fuerzas”. Y más adelante expresa que logró conquistar cierta independencia al obtener su título de Doctor en Derecho. Sin embargo, dice: “No manifesté, en cambio la misma previsión respecto a la importancia y a la posibilidad de un matrimonio. *Este terror que hasta ahora ha sido el más grande de mi vida*, me acometió de una manera totalmente inesperada. *¡El niño había evolucionado tan despacio!* (Su queja es que de pronto un día se dio cuenta de que era un ser adulto, sin serlo en su realidad psicosexual. *¡Estas cuestiones quedaban tan distantes de su ámbito!* En alguna ocasión se me presentó la necesidad de considerarlas; *pero no podía descubrir que en esta cuestión me enfrentaba con el examen más largo, más decisivo e incluso más penoso*”. Esto fue así porque Kafka disponía de un instrumento intelectual poderoso pero no estaba equipado con una personalidad de igual potencia y madurez.

“En verdad, los proyectos de matrimonio *fueron el esfuerzo más grandioso y esperanzado de salvación, pero después no fue menor el desastre finar*’. Y continúa diciéndole al padre, de una manera patética, ya que en realidad le está hablando al padre de la infancia, a su padre interior, a aquel que ya no existe más, como tampoco existe el niño Kafka, salvo en su mundo interno: “Me arriesgo a asegurar que en toda tu vida no te ha pasado nada tan importante como lo ha sido para mí esta tentativa de matrimonio”. “Es como si una persona debe subir cinco escalones bajos de una escalera y por el contrario otra sólo uno, pero tan elevado (por lo menos para él) como todos los otros cinco. La primera no subirá únicamente los cinco escalones, sino cien (así ve al padre) y todos lo que sean y su vida habrá estado llena de esfuerzo y sentido; mas aún así ninguno de los escalones que tuvo que subir será tan importante para él como para la segunda persona aquel único escalón, el primero, de tal altura que ni con todo su esfuerzo puede superar”.

“Casarse, constituir una familia, admitir todos los hijos que lleguen, sostenerlos en la vida tan incierta e incluso guiarlos un poco es lo más que, según entiendo, puede lograr un hombre. El que sea un logro al que aparentemente acceden tantos, sin grandes dificultades (dice con gran

sagacidad) no demuestra lo contrario, ya que, considerándolo mejor, no son muchos los que lo consiguen y esos pocos, por lo general, no lo ‘hacen’, sino que sencillamente les ‘sucede’. Esta última reflexión está dirigida especialmente al padre como denuncia de su irresponsabilidad para cumplir la función paterna.

Le recuerda luego a éste cómo tartamudeaba de adolescente siempre que se dirigía a él intentando hablar “sobre el tema del sexo”. “Os reproché que nada me hubieses enseñado sobre el particular, que toda la información que tenía provenía de mis condiscípulos, que hubiese estado sujeto a peligros ciertos, etc”. En este sentido Kafka le está pidiendo a su padre, no lo que expresa de manera manifiesta —consejos— sino en un nivel inconsciente le sigue pidiendo aquello que nunca le otorgó: su identidad como sujeto dueño de sí, sujeto deseante, sujeto sexuado dueño de su potencia.

Luego leemos, sumergiéndonos cada vez más en el dolor y la impotencia creciente de este hombre que se sintió tan tremendamente desheredado y sin un lugar en el mundo: “Si el mundo no se componía nada más que de nosotros dos, como yo tendía a creer, era evidente que en ti terminaba la pureza del mundo y en mí, por efecto de tu consejo, empezaba la basura”. “El matrimonio es sin duda la seguridad de la propia liberación y de la suprema independencia”. En la medida que le da un carácter tan absoluto y liberador al hecho de poder casarse vemos que él habla de otra cosa. Kafka dice de un modo patético, infantil, de su dolor de sentirse impotente, incapaz de asumirse como sujeto, de amar a una mujer, sin caer en idealizaciones, extremos que lo tornaban insociable. Nos muestra cómo en su estructura psíquica hay algo que no fue inscripto en los primeros cinco años de su vida, durante el desarrollo del Complejo de Edipo, como vimos; esa inscripción que le hubiera brindado su identidad de hombre sexuado, identificado con un padre que le transmitiera la posibilidad de que él mismo hacía uso, de conquistar ese lugar privilegiado dentro de la cadena generacional, de autonomía y libertad interior. Sujeto no sometido sino sujeto integrado a las normas universales que rigen para todos los seres humanos.

“Algunas veces, dice, me imagino el mapamundi desplegado y tú extendido transversalmente sobre él. Me parece entonces que para vivir no puedo contar más que con las regiones *que tú no ocupas o que están fuera de tu alcance. Estas panes, de acuerdo con la idea que tengo formada de tu*

grandeza, ni son muchas ni muy habitables y el matrimonio no está entre ellas”.

Y concluye magistralmente estas consideraciones con una metáfora ilevantable donde dice, sin saberlo, su verdad; como lo dice un niño, luego de que “resuelve” renunciar al matrimonio: La fábula del pájaro en mano y cien volando, sólo es aplicable en una mínima parte a mi caso. *Nada tengo en la mano*. Los pájaros están todos volando y *no obstante* —así lo establecen las condiciones de *la lucha y la miseria* de la vida— *tengo que optar por esa nada*”. Señala en estas pocas palabras. la vivencia de una falta que lo marcó definitivamente en todo su hacer en el mundo, su verdad profunda, constituyente de su impotencia. Hay en Kafka en el núcleo mismo de la estructura de personalidad algo que no existió —una falta— una carencia trascendental que lo definió dolorosamente por la negativa. Algo que no le fue dado por el padre y que no pudo ya nunca conquistar; *un vacío: falta de esa representación interna, faro poderoso de un padre permisivo, dador de potencia, con quien identificarse. Todo él es el exponente de la falta de la palabra paterna, representante de Ja ley*, de un orden compartido y firme: palabra que constituye el centro desde el *cual gira y crece*, apoyándose. el andamiaje siempre evanescente pero siempre también presente del sujeto humano falsamente unívoco; sujeto dividido, sujeto deseante, adalid de la vida y libre frente a la muerte.

Se dice mucho que el pensamiento de Kafka, lo kafkiano, es laberíntico, lo cual es cierto. No podía ser de otro modo ya que el propio sujeto vivió en Kafka atrapado en el laberinto de un anclaje limitante frente a la imagen del padre que cerró todos sus intentos de salida a un mundo cuyo lugar nunca le estuvo marcado por éste.

Kafka no sabía cómo alcanzar solo su verdad —esa verdad que buscó siempre— pero sí sabía con una captación sutil, encontrar *ciertas* líneas asociativas en relación con su conflicto inconciente y sus sufrimientos.

Su amigo Brod escribe en su Diario la fecha de la primera hemoptisis de Kafka el 24 de agosto de 1917 y dice que éste considera su enfermedad “como psíquica, como una especie de fuga ante el matrimonio. La llama: mi derrota definitiva”. “Mis pulmones se han confabulado con mi cabeza a mis espaldas”.

Kafka llegaba sutilmente frente a la *puerta* que ocultaba su verdad, pero solo era imposible que lograra abrirla.

Y para concluir, creo que no hay mejor testimonio que el de sus palabras —como hemos estado viendo— las palabras de este judío genial. Le dice al padre: (hablándole del matrimonio) “es lo más importante que tú has logrado. *Entonces me igualaría a ti.* Todas las vejaciones y tiranías pasadas y continuamente renovadas quedarían olvidadas... Es como si uno fuese prisionero, y no sólo pretendiese fugarse, lo que quizá fuese factible, sino aspirar a transformar simultáneamente el edificio de la cárcel en un palacio de recreo para su propio disfrute. Si se fuga no puede realizar esa transformación y si la realiza no puede fugarse. . . .El propósito de vencer esta situación tiene por esta causa algo de demencial y el menor intento puede llevar a la locura”.

Así es, en efecto, nunca pudo fugarse, dejar de estar atrapado como sujeto al deseo del *Otro*; no tuvo un cuerpo para el goce-palacio de recreo, sino solamente un cuerpo encarcelado para el dolor, hipocondría, debilidad, tuberculosis. Lentamente la muerte —castración en lo real— lo alcanzó muy temprano, definitivamente.

Nunca pudo fugarse, pero sí, como él lo dice, puede transformar esa cárcel en una obra de arte. Todo el universo que construyó, universo kafkiano, surge de la honda problemática que su genio y su capacidad de sublimar logró erigir, reelaborando, su inapelable sensación de aplastamiento, de impotencia, de incapacidad, de soledad. Tristeza e injusticia en una búsqueda interminable. Recreó un mundo sin salida habitado por hombres máquinas, fríos, deshumanizados, donde el poder —padre terrible que dicta su ley absoluta— destruye los más hermosos valores del ser.